

QUE LA MUÑECA BAJE AL PATIO CULTURA Y EDUCACION

Jorge Cela, S.J.
Centro de Estudios Sociales
Padre Juan Montalvo, S.J.

La jeepeta frenó de pronto. Tres hombres bajaron rápidamente y rodearon al moreno que caminaba con paso cansado. Un intento de defenderse provocó un golpe seco de una macana. El moreno se dobló con un grito de dolor.

En la esquina una vieja vendía frituras. Al ver la escena dejó su mesa y su venta y se puso en medio. Parecía increíble que de aquella figura diminuta y delgada, con el pañuelo amarrado en la cabeza y la falda amplia, saliera una voz tan firme y potente. Hablaba como quien tiene autoridad. Se enfrentó a los policías para defender el haitiano. Pronto los muchachos que jugaban en la calle los rodearon. Luego las prostitutas que caminaban la acera, los hombres que bebían en la barra, algunos muchachones. Tímidamente empezaron a salir doñas de sus casas y hasta algunos hombres. En pocos minutos una multitud rodeaba la jeepeta. Uno de los policías hizo una seña a los otros. Soltaron al haitiano, montaron en la jeepeta y se marcharon.

La vieja ayudó al haitiano a llegar a su mesa. Le dió su mejor muslo de pollo. Y al grupo reunido a su alrededor empezó a hacerle historias del barrio: de lo valientes que eran los jóvenes, de la solidaridad que había, de cómo se defendieron de un intento de desalojo de los buhoneros. Los muchachos escuchaban con interés el lenguaje narrativo y picaresco de la vieja que contaba cómo en cada problema se encomendaba a la Virgen de la Altagracia y enseguida sentía la fuerza para enfrentarlo. Esa noche la vieja se fue a su casa más tarde que nunca tarareando una salve.

El maestro, que contemplaba la escena con un grupo de sus discípulos, les dijo:

- A ustedes mucha gente les enseña cosas. Pero esa vieja que sólo tiene un segundo curso les ha enseñado más que nadie. Ella les enseña lo mejor de la cultura del barrio con su propia vida.

La educación es obra de todos: la familia, la calle, los medios de comunicación social, el mercado, las autoridades, la escuela.

Todo el mundo que nos rodea nos va enseñando a vivir: a interpretar el mundo, a interactuar en él, a soñar. Nos abre o nos cierra caminos. Nos pone modelos. Aprendemos qué mecanismos funcionan. Construimos una escala de valores que incluye nuestro entorno, nuestra cultura, nuestra propia identidad. Nos va constituyendo.

Nos enseña a vivir solidarios o competidores, violentos o dialogantes, opresores o servidores, seguros o a la defensiva, orgullosos o avergonzados.

El ideal sería que toda educación nos enseñara lo mejor de nuestra cultura, nos invitara a crecer como personas y como pueblo, nos ayudara a discernir. Que ninguna de las instituciones que constituyen nuestro entorno nos sacara de él sino que todas nos reinsertaran en él con creatividad, criticidad y proyecto para hacerlo crecer y crecer nosotros con él.

La pregunta que nos hacemos todos los que de una u otra forma participamos de esa tarea es cómo construir la persona nueva y la nueva sociedad.

El documento de la Conferencia del CELAM en Santo Domingo, siguiendo al Papa Juan Pablo II, nos recuerda que nueva evangelización no significa que la anterior no vale, sino nos plantea cómo darle nuevo ardor, método y expresión acordes con los signos de los tiempos al contenido de nuestra fe. Como historizar en el hoy y aquí la buena noticia. Tampoco la educación nos invita a sustituir la persona ni la cultura. La persona nueva y la nueva sociedad crecen desde lo mejor de la persona y la sociedad actuales. No tenemos que hacerlas, sino dejarlas ser. Allancar los caminos.

Por eso cuando nos proponemos educar los sectores populares tenemos que partir de una revalorización de sus identidades y culturas. El proyecto de novedad no está tanto en los contenidos, que nacerán de ellos mismos, como en el nuevo ardor, método y expresión con que les dejaremos crecer.

Tradicionalmente partíamos, como en los muñecos para armar, de un patrón que nos indicaba cómo tenía que ser el producto final. Educar consistía en moldear hasta que el producto final se pareciera lo más posible al patrón inicial. Sabíamos a dónde queríamos llegar. El problema era cómo trabajar un material humano que muchas veces se nos resistía en las manos.

Hoy entendemos los resultados como sorpresa y novedad más allá de nuestras manos de alfarero. Esta dimensión de libertad nos dice que la educación como tarea es obra de todos: educadores y educandos, profesionales y "aficionados". Que como interacción humana no puede tener objetos receptores, sino que está conformada por sujetos que se van constituyendo como tales en el proceso. Hablamos por tanto del proceso por el que nos constituimos en sujetos colectivos de la sociedad, portadores todos de identidad, historia y proyecto, necesitados de un espacio de acción abierto a nuestra creatividad, espacio de poder que se construye no por la competencia y la exclusión, sino por la inclusión, el diálogo y la colaboración. Hablamos de una tarea tan importante como la construcción de la democracia desde nuestra cotidianidad.

Todo injerto o trasplante, para dar vida al cuerpo en que se inserta, tiene que ser recibido y hecho propio. No debe ser un ícubo que engendre monstruos que devoren su propia estirpe y cultura.

A la escuela con frecuencia le faltan raíces en la comunidad local. Aparece como pseudo mesías desarraigado, especie de Santa Claus, que reparte sus dones y desaparece envuelto en su propio mito dejando

a los portadores con un regalo marcado por la alienidad. El don sigue siendo valioso. Pero su impacto no siempre lo es. Como la niña pobre que llega con su muñeca del reparto de juguetes para envolverla en una funda plástica para que no la manchen las goteras, el piso de tierra ni las aguas negras que corren por el frente y colgarla de un clavo en la pared, como trofeo que expresa su superioridad sobre sus hermanitas y vecinitas. Sólo cuando la muñeca baje al patio del juego compartido, que la mancha y la desgarran como a su dueña, y acompañe su hambre y desamparo romperá la barrera del mito y la ilusión y comenzará a inculturarse.

La educación popular tiene que echar raíces en los callejones y campos de siembra, en la cultura de sus sujetos, incorporándolos como tales, y no como objetos desposeídos, receptores de dones que les quedan grandes, y que en su mayoría serán para guardarlos envueltos en un plástico, lejos del calor de la cotidianidad.

La educación tiene que ser parte de la historia y el accionar de sus sujetos, portadora de la utopía viable y propia, no de la ajena e imposible. Tiene que ser apropiada por sus sujetos y dejar de ser el hada madrina de cuya varita mágica se espera convertir a cenicienta en princesa.

Muchas veces se sueña en la educación como esa varita mágica que transforma la auyama en carroza. Más de una cenicienta recorre las pantallas de la televisión publicitando el milagro educativo. Pero lamentablemente esta imagen cargada de ternura no responde a la dura realidad. No nos podemos conformar con que algunos de nuestros alumnos encontraron felizmente su hada madrina para salir de la pobreza. La educación tiene que ir más allá. La pobreza también tiene sus mecanismos autoreproductores. Y uno de esos mecanismos es lo que Oscar Lewis llamó "cultura de la pobreza". La educación debe dirigirse a romper la "cultura de la pobreza" como generadora de pobres. Y para ello su ámbito de acción debe ir mucho más allá de los muros de la escuela.

El mismo Oscar Lewis afirmaba que la cultura de la pobreza puede romperse antes de salir de la pobreza. Los que hemos trabajado en medios populares sabemos que esto es verdad. La gente puede recuperar su autoestima, el sentido histórico de su temporalidad, la capacidad de proyecto y autogestión, la comprensión del mundo moderno en el cual se inserta su pobreza, la criticidad ante su realidad, mucho antes de salir de su condición de pobres. Y esto cambia sus vidas constituyéndolos en sujetos, personas capaces de ponerse en pie, organizarse y caminar por la vida con un proyecto colectivo que les da sentido. Romper así el inmediatismo y la inseguridad, el horizonte mágico de su historia y el carácter vergonzante de su identidad. Afirmarse por lo que son sin necesidad de tener que aparentar ser otros ni expresar su identidad en objetos que enmascaren su pobreza. El dominicano que regresa de Nueva York con su gruesa cadena de oro no ha superado la cultura de la pobreza. Sigue viendo su valor en el objeto que cuelga de su cuello y no en el sujeto que lo porta.

Este constituirse en sujeto supone la entrada en un mundo de valores que lo sitúan de una manera nueva en su realidad. A veces las acciones para la eliminación de la pobreza se reducen a querer sacar del

contexto. Cuántas familias no sueñan con Nueva York, la casa de un familiar en la capital o un internado para sus hijos. Son formas de sacarlos del lodo. Siempre elitistas. Y pocas veces efectivas. El lodo seguirá ahí para la mayoría. Crecerá la planta, pero no podrá echar raíces y fácilmente las piedras de la vida la ahogarán. Para convertir el lodazal en jardín no hay que trasplantar cada nueva planta que asoma a la vida.

Pero no nos engañemos. La cultura la va creando el grupo como respuesta a su situación. Las culturas son portadoras de las condiciones en que vivimos. Nuestros hábitos de consumo y comportamiento, nuestros valores y visión del mundo, los vamos construyendo colectivamente a partir de las necesidades que nos plantea nuestro medio ambiente natural y social y los recursos que nos proporciona. Un medio hostil nos puede hacer agresivos. Un medio opresor nos puede hacer sumisos y resentidos. Nuestra personalidad se va tejiendo entre los hilos de estos condicionamientos de la historia en que nos toca vivir. Elementos como la tecnología, la naturaleza, la organización social los vamos integrando en un estilo que nos aporta nuestra estrategia de acción en la vida. En ella se desarrolla nuestra personalidad nuestra subjetividad.

Transformar nuestro medio cambia nuestra cultura. Por ejemplo, pensemos en lo que significa la construcción de un camino para acceso vehicular o la instalación de energía eléctrica en una comunidad campesina. La vida toda se transforma. En nuestras comunidades populares han impactado culturalmente el arrecio de la crisis económica, las transformaciones tecnológicas, el impacto de los medios de comunicación social, el desencanto producido por la caída de las utopías socialistas y la influencia de los aires posmodernos, la creciente conciencia ecológica ante la progresiva destrucción de nuestro hábitat. Estos cambios producen ajustes en las culturas para adaptarse al nuevo medio. Nuestra historia está viviendo un intenso y rápido proceso de cambio. La vida se ha acelerado y el número de gente ha aumentado. Ambos elementos aceleran los cambios culturales. La cultura no es nunca un paquete terminado listo para entrega. Es siempre tarea pendiente, proceso creador. Estos cambios tienen más fuerza de transformación cultural que ningún proceso educativo. La educación tiene el peligro de irle a la zaga a los cambios, de siempre perder el tren. Por eso hoy más que nunca tiene que estar inserta en ese proceso.

Toda América Latina vive hoy un proceso de modernización. Las nuevas tecnologías están transformando nuestras vidas. Nuestra relación con el mundo se percibe mediada por la acción transformadora de estas tecnologías que cambian nuestros ritmos, nuestros valores y hasta nuestra religiosidad. Las tecnologías desarrollan nuevos mecanismos de exclusión, nuevos conflictos y temores, nuevas expectativas y estilos de vida. La vida cotidiana se impersonaliza en relaciones funcionales, el mundo se hace más complejo aumentando nuestra sensación de inseguridad y alienidad. Pertenece a un mundo cada vez más ancho y complejo y cada vez más ajeno. La eficacia irrumpe como valor supremo convirtiendo la subordinación de medios a fines en categoría ética, aunque entre esos medios haya sujetos, que sucumben como personas ante el peso de la maquinaria social.

La otra dimensión de la modernidad que poniendo la persona humana como eje central de la historia centra en los derechos humanos y la democracia parece avanzar más lentamente. Los nuevos sujetos sociales reclaman espacios de participación y de respeto a sus derechos mientras la economía de mercado insiste en convertirlos en mercancía barata. En el Nuevo Orden Internacional la mayoría de nuestros países aparecen como productores de mano de obra barata, reduciendo las dimensiones subjetivas de la persona. La producción en serie abarca más espacios de la vida, reduciendo el campo de la creatividad y restando fuerza a las identidades. Por eso con nueva fuerza despiertan identidades étnicas, genéricas, generacionales, religiosas, ... Este despertar no es para algunos más que un bello canto del cisne, antes de morir. La historia llegó a su fin y el mundo puede ya programarse desde computadoras centrales.

Sin embargo el paraíso parece cada día más lejano. Los conflictos, el hambre, la explosión demográfica no parecen ceder sino aumentar. Superado el miedo a la destrucción nuclear por la ruptura del conflicto Este-Oeste, el mundo desarrollado vive bajo el miedo de la destrucción ecológica y la invasión de ola de inmigrantes del Sur que provocan reacciones xenófobas que parecían superadas. La racionalidad del mundo desarrollado parece resquebrajarse ante el miedo irracional al Sur empobrecido. Y si los proyectos humanitarios están en desventaja en un mundo neoliberal y posmoderno, al menos estos miedos crean la conciencia de que o se preocupan de los problemas del "otro" o se destruye el planeta.

Esta situación nos hace más conscientes del papel de la tecnología como mediación constituyente de las culturas. ¿Podemos soñar con mundos bucólicos de vuelta a la naturaleza? ¿Basta con adiestrar a los pobres en el manejo marginal de las nuevas tecnologías para que puedan montarse en los últimos vagones del tren, como subordinados de nuevo, reducidos a un espacio marginal que les abre a la sobrevivencia en un mundo cada vez más ajeno? ¿Pueden las culturas populares conservar su identidad dentro de la cultura universal que pretende imponer la nueva tecnología? ¿Se trata simplemente de dar cursos a los pobres para que sepan digitar en computadoras siempre ajenas? ¿Podemos hablar con realismo de participación en las decisiones en un mundo cada vez más tecnificado? ¿Este proceso de especialización de los saberes no conlleva a una exclusión del saber popular de las decisiones? ¿No tiene nada que aportar nuestra tradición cultural en este nuevo mundo cultural, como se redujeron las culturas africanas e indígenas a aportes marginales en la construcción de un mundo europeo en América? ¿Hacia dónde tienen que apuntar los procesos educativos en esta disyuntiva de la historia?

Ante esta avalancha de problemas surge la pregunta de los recursos con los que contamos. Las nuevas tecnologías tienen el peligro de crear nuevas dependencias aumentando nuestra distancia de los centros que las producen y las venden. El camino de la tecnología apropiada va más allá de la simple traducción de los manuales elementales para saber manejar la tecnología importada. La tecnología tiene una dimensión social que debe ser tenida en cuenta.

Para enfrentar la historia los pueblos cuentan con su identidad. Las luchas étnicas que presenciamos repartidas por el mapa del mundo

reflejan la fuerza de estas identidades colectivas. Los movimientos sociales, con su capacidad de convocatoria, aunque sea puntual, y la fuerza de sus explosiones esporádicas, nos hablan de la vigencia de estas identidades que cruzan nuestras culturas. Estas identidades nos hablan de una historia y un proyecto que en el presente nos hace percibirnos como un nosotros y nos cohesiona en acciones que nos afirman y expresan. La identidad de los sujetos nos introduce en el ámbito de los derechos compartidos, de la conflictividad social y del ejercicio de la democracia.

Nada tan eficaz para destruir estas identidades como borrar su historia. La recuperación de las historias de los sujetos sociales los dota de comunión, de símbolos que la expresan y de proyecto. La serialización de la historia en los manuales elimina las particularidades de los sujetos que la construyeron, simplificándolos en héroes tipos, lejanos de la cotidianidad por su grandeza, desidentificados de los sujetos concretos por su universalidad, ajenos al sentir posmoderno por su grandiosa exaltación.

El contenido político y económico (es decir, su orientación hacia el turismo) de los símbolos y monumentos históricos, el trazado moderno de nuestras ciudades que borra identidades ante series de edificios iguales y anónimos, la despersonalización de los espacios urbanos, la movilidad espacial impuesta por el crecimiento de nuestras ciudades, conspiran contra la preservación de las historias particulares que funcionan como memoria constitutiva de los sujetos. Nuestros libros de historia se cierran hace más de 30 años. Nuestras aulas no consideran siquiera las historias de los sujetos sociales que conforman la vida de los educandos: del barrio, de las mujeres, de los obreros, ... Educamos seres desarraigados, sin anclas para enfrentar la vida colectivamente. Sin identidades colectivas que les ayuden a construir su proyecto de futuro.

Al avanzar en esta reflexión nos damos cuenta que la tarea educativa le queda grande a la escuela. Son muchas las instituciones que colaboran en la tarea de educar, para bien o para mal. Hay una institución a la que desde la escuela debemos dar atención especial. Es la familia.

Su función es precisamente la reproducción de la sociedad. Pero no sólo la reproducción física que garantice el relevo de los que hoy hacemos funcionar la máquina social. La familia es también la institución privilegiada de socialización, es decir, de introducción en la cultura. Ella trasmite una visión del mundo, valores, hábitos de comportamiento que enseñan a moverse en el medio sociocultural.

Esta función educativa de la familia puede ser sustituida, modificada o completada por otras instituciones. Y de hecho siempre es así. Pero no es la única función de la familia.

El racionalismo que está en las raíces de la modernidad nos lleva a veces a despreciar el valor de la función afectiva de la familia. La persona humana no es solamente un animal racional. Es también un animal afectivo. La condición humana conlleva una dimensión afectiva diferente.

De todos los animales somos los que nacemos más indefensos y los que requerimos un período más largo de dependencia para la sobrevivencia. Esto ha permitido que la persona humana tenga un período más largo de socialización y pueda adquirir muchos más hábitos, que relacionado a nuestra capacidad intelectual ha permitido el continuo desarrollo de las culturas. Pero eso tiene también otras consecuencias igualmente importantes. Ese largo período de dependencia crea dimensiones afectivas de gran importancia en la personalidad humana. El sentimiento de aceptación o rechazo, con los efectos correspondientes en la autoestima y seguridad ante la vida nacen de esos primeros nexos afectivos.

El niño que crece con carencia de nexos afectivos, o en medio de competencia por los escasos recursos materiales, o de fuertes tensiones familiares, o víctima de los desahogos de las frustraciones de sus padres queda marcado. Esta dimensión afectiva también tiene que ser atendida en el proceso educativo. La cultura de la pobreza se desarrolla en un medio hostil. La familia nuclear es con frecuencia inestable. Se organiza alrededor de la madre, con un rol del padre muchas veces ausente o cambiante. La competencia entre hermanos por se acrecienta. El machismo y el autoritarismo de la cultura tradicional se exagera por la frustración vital. El efecto demostración de ofertas de consumo imposibles de alcanzar frustra las expectativas del niño o adolescente. La inseguridad económica crea situaciones de ansiedad. El rechazo social debilita la autoestima y se buscan símbolos de prestigio que borren identidades vergonzantes.

Sin embargo el cuadro no es totalmente negativo. La sobrevivencia impulsa a la creación de fuertes nexos de solidaridad. La valoración de lo afectivo aumenta la importancia de este elemento en las relaciones, que tienden a ser menos funcionales y frías. La ausencia de futuro previsible concentra en el disfrute inmediato de la oportunidad presente, que se viste de fiesta siempre que puede. La necesidad despierta la creatividad de quien tiene que "buscársela" cada día para sobrevivir. El lenguaje corporal se enriquece permitiendo una gran variedad de formas de expresión.

Toda esta realidad cuestiona los objetivos de la educación y su metodología. ¿Cómo inculturar el proceso educativo para que, naciendo de la realidad cultural de los educandos, no lleve a suprimirla ni a crearles una cultura paralela en una especie de esquizofrenia cultural? ¿Cómo hacer que enriquezca y haga crecer la cultura propia para responder a las complejas necesidades que el medio le impone?

No se trata de una mera revisión de los contenidos educativos. Se trata de estructuras, métodos, objetivos, expresión.

Esta tarea, en la que está implicada la familia de manera tan profunda tiene que incorporarla en el proceso. ¿Cómo convencer a la familia de la cultura de la pobreza que los que saben no tienen todas las respuestas? ¿Cómo hacerles ver que el proceso educativo también tiene algo que cambiar en ellos? ¿Cómo convencer a los educadores de sus debilidades y carencias, de sus necesidades de aprender de sus

alumnos? ¿Cómo esperar que un educador mal pagado pueda tener ánimo y energías para sistematizar esta búsqueda de los presupuestos culturales del acto educativo?

Si algo podemos concluir de esta reflexión es que la tarea educativa debe ser producto de un colectivo plural. Si queremos intentar responder a los retos que hemos planteado tenemos que pensar la educación como un proceso participativo. Y esto ya introduce el acto educativo en el concepto de democracia. La educación pensada como acto cultural implica todo el grupo que responde a la identidad del nosotros del educando. De lo contrario tendremos una educación colonizadora, que acultura a sus educandos, es decir, que tiene como objetivo introducir a los educandos en otra cultura que les es ajena y que, por lo tanto, no está adaptada a sus condiciones de vida. Según esta concepción educar es desadaptar. Pero no desde la perspectiva de quien se sitúa críticamente ante su realidad, sino de quien coloniza para someter al "otro" a ser "lo mismo", objetivando su subjetividad.

Participación adquiere así su verdadero sentido democrático. Muchas veces hemos usado el término para expresar el uso de mano de obra gratuita. Con frecuencia las asociaciones de padres se les invita a "participar" limpiando gratuitamente la escuela, pero no a interferir en el proceso educativo, que requiere de la especialización técnica del educador. O la comunidad cuenta en el momento de la construcción material de la escuela, pero se prescinde de ella en el momento de delimitar objetivos.

Más aún, participación implica reconocimiento de las minorías. Democracia no es sólo funcionar por el voto mayoritario. Es crear espacios de poder y participación para los grupos más débiles o pequeños. Si no podemos hacerlo en la escuela, ¿cómo podemos postularlo para el conjunto mucho más complejo de la sociedad?

Participación implica la superación del romanticismo democrático. La democracia no significa erradicación del conflicto. Supone asumirlo de una manera diferente. Se intenta resolverlo no por la acumulación de fuerza para decidir en favor de una de las partes, sino por la concertación, que lo mantiene presente. Democracia no quiere decir que si el pueblo decide todo va bien. Significa más bien reconvertir las relaciones humanas de competencia por el poder en ejercicio del poder compartido. Y esto no es lo que hemos aprendido en nuestra cultura ni es lo que nos enseña la ley del mercado. Hace falta una educación para la democracia que nos enseñe a educar.

La educación debe ser, por tanto, un proceso que nos ayude a afirmarnos en el mundo como sujetos, en su doble dimensión individual y colectiva. Cada uno de nosotros requiere afirmar su yo en relación a otros a los cuales los sitúa como un nosotros (identidad) o como un ustedes (pluralidad). En las sociedades modernas, complejas y plurales, modelo hacia el que nos encaminamos, necesitamos esta doble dimensión.

Pero en el contexto neoliberal que nos rodea, que tiende a convertir la vida social en un supermercado departamentalizado, es necesario redefinir la pluralidad desde la solidaridad. La tradición de

tolerancia, acogida y fascinación mágica por lo diferente de las culturas populares latinoamericanas nos da pie para una manera diferente de vivir la pluralidad moderna. Sólo así lograremos que la persona no se disuelva en el anonimato de la masa ni que su afirmación sea a costa de la negación del otro.

En una sociedad donde la brecha entre ricos y pobres se agranda constantemente no es fácil afirmar el protagonismo de los pobres como grupo social. Como en otros tiempos la raza o la educación justificaron la exclusión, hoy se tiende a justificarla desde la tecnología. En nombre de la modernización se rechaza así el principio democrático introducido por una modernidad de la que algunos conservan sólo la libertad de mercado y la igualdad formal. También la fraternidad fue lema de la modernidad. Esta dimensión afectiva que contrabalancea el racionalismo moderno como solidaridad no puede ser olvidada por una modernidad que quiera ser fiel a sí misma. El cinismo racionalista que la caracteriza como subjetiva y poco científica se cierra a la evidencia de que es esta la herida por donde nos desangramos y que tratamos de calmar con los bálsamos fundamentalistas o escapistas de nuestro siglo.

Educación, por tanto, implica proyecto societal. No podemos educar si no sabemos el camino. Educación y cultura son siempre camino, proceso.

Y así retornamos al punto de partida. Educar no es armar un muñeco según el patrón preconcebido, producir en serie con la homogeneidad que niega toda libertad. Educar es un caminar. No siempre sabemos a dónde llegaremos. Pero sabemos el cómo y el por qué. Queremos dejar ser, dejar crecer la persona nueva, la nueva sociedad. Que será cada día novedad para nosotros.

La cultura no es un molde enmohecido en el que tenemos que seguir configurándonos, sino una vida que se recrea y transforma cada día, desde sus raíces que la anclan en su historia y su medio, hacia el futuro que vive como utopía y proyecto.

La educación popular no busca sacar los pobres de su medio cultural para integrarlos a una sociedad prefabricada sino injertarse en su proceso cultural para estimularlo y enriquecerlo.